

## EL PACIFISMO LULIANO

### 1. EL PACIFISMO LULIANO Y EL PENSAMIENTO MODERNO

Aproximándonos al místico Ramón Llull, corresponde abordar el inquietante tema de la concordia y la discordia entre los pueblos, sobre el cual se explicó el Doctor Iluminado con acentos de innegable actualidad o, si se prefiere, de magistral perennidad, según intentará probarse seguidamente.

A este respecto, es algo que llama poderosamente la atención el hecho de que la mayor parte de las mentes cultas más ilustres hayan disertado, con mayor o menor extensión, en estos últimos tiempos, acerca de las exigencias morales implicadas por la paz. El conjunto de algunas de estas opiniones ha sido incorporado a la obra «*Pro-Paz*» de Greta Schwarcz, a la cual se referirán muchas de las citas ulteriores.<sup>1</sup>

Ante todo, la primera exigencia condicionante de una paz estable es la creencia en su posibilidad, unida al deseo de su vigencia. De ahí el íntimo sentido que presentan los siguientes asertos del Papa Pío XI: «*Rezamos por la paz. La queremos. La bendecimos. Y nuestros anhelos se resumen en esta sagrada palabra: paz, paz, paz*».<sup>2</sup> Y anhelos similares eran los manifestados por el Beato Ramón Llull en su obrita «*Súplica para la conversión de los infieles*» o «*Petitio pro conversione infidelium*»,<sup>3</sup> dirigida al enérgico Obispo de Roma Bonifacio VIII, en la que sus inquietudes pacificadoras revisten hermosos acentos pontificalistas.

En segundo lugar, una vez bien penetrada, en nuestro interior, la creencia de la posibilidad de la paz, se impone alejar de nosotros

---

<sup>1</sup> El subtítulo de esta obra es el siguiente: *Cultura moderna en Europa. Opiniones de las mejores mentes europeas sobre el problema de la paz* (Barcelona, 1935).

<sup>2</sup> *Pro-Paz*; p. 233.

<sup>3</sup> Edic. crít.; Barcelona, 1935.

todo pesimismo, suscribiendo estas bellas opiniones de Alberto Einstein: «No escasean los profetas que proclaman el inminente colapso de la civilización occidental. Yo, sin embargo, no me asocio a estos pesimistas. A despecho de todas las indicaciones en contrario, creo en un futuro mejor... Los historiadores del futuro que estudien la crisis que hoy aqueja al mundo, considerarán que ésta es sintomática de una dolencia social producida exclusivamente por el avance demasiado rápido de la civilización. La humanidad, luego de rebasar su enfermedad infantil, continuará avanzando hacia la meta que tiene señalada».<sup>4</sup> Un optimismo semejante es el que respiran los escritos lulianos, donde tal actitud halla incluso resonancias metafísicas, aunque siempre comedidas y ortodoxas, según se ha mostrado en monografía reciente.<sup>5</sup>

Una tercera condición para perpetuar la paz, es el imbuir en las almas infantiles, por medio del cotidiano quehacer educativo, sincera estima e íntimo afecto hacia la misma. Según ha estudiado muy bien el insigne pedagogo Pablo Natorp, «si se quiere educar en un espíritu opuesto a la violencia, es preciso practicar la no violencia», por cuanto «es por el amor que se educa para el amor».<sup>6</sup> Y a este efecto, se impone reconocer que un importante inconveniente radica en el orgullo, por su enemistad con la concordia, según sostiene nuestro Lull, quien asegura, no solamente que «el hombre orgulloso nunca goza de paz», sino además que «el orgullo no quiere paz».<sup>7</sup>

En cuarto término, precisa convencerse de que el pacifismo tiene uno de sus peores enemigos en el patriotismo exagerado, en lo que Unamuno denominaba «patriotería», calificándola como «una especie de enfermedad del patriotismo».<sup>8</sup> Sobre este peligro, ha escrito con gran acierto el eximio biólogo Juan Driesch: «El que es partidario del falso patriotismo, que debería llamarse, simplificando la expresión, chovinismo o nacionalismo, cava la tumba en la cual se hundirá toda la cultura y toda la moral. Si este patriotismo, que es un pecado y no

<sup>4</sup> *Pro-Paz*; pp. 107-108.

<sup>5</sup> Cf. JUAN MAURA CELABERT: *El optimismo del Beato Raimundo Lulio* (Barcelona, 1904).

<sup>6</sup> *Pro-Paz*; p. 241.

<sup>7</sup> Cf. *Libro de los mil proverbios de Ramón*, 14, 1 y 4; p. 76 de la excelente versión castellana de esta obra, realizada por el culto publicista y maestro de lulistas Francisco Sureda Blanes (ed. Espasa; Madrid, 1933).

<sup>8</sup> *Contra esto y aquello* (ed. Renacimiento; Madrid, 1921), p. 14.

otra cosa, no es vencido prontamente en Europa, la decadencia de Occidente será algo irreparable en un próximo futuro». <sup>9</sup> De acuerdo con este mismo pensamiento, sostuvo el esclarecido prohombre de la escuela de Lovaina, el Cardenal Denis J. Mercier: «El amor a la nación, que se designa con el nombre de nacionalismo, tiene sus límites. No solamente es justo respetar los derechos de las demás naciones, sino que se debe subordinar a los derechos superiores de la humanidad». <sup>10</sup> Y en esta misma línea de elevada orientación teórica hállase situado el Doctor Iluminado, uno de los primeros paladines del internacionalismo pacifista, que viene a reputar al patriotismo hipertrofiado, hoy tan en uso a lo largo y lo ancho de casi todas las naciones, como contrario a la caridad y favorecedor del encruelecimiento, para luego concluir que «en caridad no hay guerra y en crueldad no hay paz». <sup>11</sup>

Otro peligro que amenaza de continuo la fruición de la paz y cuya elusión bien puede considerarse como el quinto requisito para la misma, es la consideración de que la aparición de las guerras es una inevitable constante histórica, ante la cual la actitud más halagüeña posible es la de sojuzgamiento. Esto lo ha expresado con bellas, aunque engañosas, frases nuestro Eugenio d'Ors, al sostener lo siguiente: «La siempre amenazadora guerra, la siempre amenazadora revolución, son inevitablemente constantes, deben ser inevitablemente sojuzgadas, como es constante y como debe ser sojuzgada la pura bestialidad». <sup>12</sup> Frente a esta generalizada y perniciosa creencia, conviene imbuir en los cerebros humanos la tesis que se le contrapone y que el conocido filósofo Juan Vaihinger ha resumido, con precisión y concisión, mediante estos vocablos: «La paz eterna... no es una utopía, sino la realización de un objetivo perfectamente factible». <sup>13</sup> Tan factible es, a juicio de Llull, este objetivo ideal de la pacificación máxima, que fija en su prosecución la finalidad del elevado estamento medieval de la caballería, al definir al caballero como «el hombre que procura la paz por la fuerza». <sup>14</sup>

<sup>9</sup> *Pro-Paz*; p. 250.

<sup>10</sup> *Pro-Paz*; p. 263.

<sup>11</sup> *Liber Proverbiorum*, l. 3, c. 53, n. 20; p. 111 del vol. 6.º de las *Beati Raimundi Lulli, Doctoris Illuminati et Doctoris Opera* (Maguncia, 1737): «In charitate non est bellum et in crudelitate non est pax».

<sup>12</sup> *Pro-Paz*; p. 50.

<sup>13</sup> *Pro-Paz*; p. 256.

En sexto lugar, presentando estrecha relación con el peligro para la paz acabado de exponer, se halla el que radica en la desconfianza de algunos ante la humanidad, sentimiento que el prestigioso psicólogo Pedro Janet ha descrito con estos términos: «*Los pueblos se encuentran todavía, en su mayor parte, en el nivel inferior en que no existe más que la dominación por la fuerza. Llegarán ciertamente, poco a poco, al estadio superior de la justicia y de la colaboración; pero ese ideal constituye todavía, para muchos, un ideal remoto*».<sup>15</sup> Aunque resulta innegable que esta opinión encierra una parte de verdad, no menos innegable parece ser la peligrosidad que envuelve el recelar intensamente de la humanidad, en cuanto se refiere al enderezamiento por los senderos de la colaboración y de la justicia. Y la parte de verdad incluída en la opinión transcrita no es otra sino la consideración de que la paz es fruto natural del buen gobierno, correspondiendo un mayor grado de concordia a los países mejor administrados, en lo cual influyen, a no dudarlo, los avances culturales; o sea que, en síntesis, empleando el símil del «*árbol imperial*», tan caro a la pluma luliana, para significar la gobernación política, «*el fruto del árbol imperial es la paz de las gentes*».<sup>16</sup>

Una séptima exigencia de la pacificación entre los pueblos viene a concretarse en la instauración de un poder internacional supremo, cuya misión ha señalado el conocido psicoanalista Sigmundo Freud, al afirmar lo siguiente: «*No es posible evitar con seguridad la guerra sino en el caso de que los humanos se entiendan para instituir una potencia central a cuyas decisiones se abandonarían en todos los conflictos de intereses*».<sup>17</sup> Guiados por esta misma convicción, han procedido, sin duda, los instauradores tanto de la Sociedad de Naciones de Ginebra, como la Organización de Naciones Unidas de Lake Success, aun cuando sus realizaciones no han respondido plenamente a las elevadas miras de sus propósitos. Y una convicción análoga ha espoleado a cuantos internacionalistas han propugnado el arbitraje amis-

<sup>14</sup> *Liber Proverbiorum*, l. 3, c. 75, n. 1; p. 121 del vol. cit.: «Homo, qui procurat pacem per vim».

<sup>15</sup> *Pro-Paz*; p. 289.

<sup>16</sup> *Arbre de sciència*, 7, 7; p. 329 del vol. 11.º de la edición crítica *Obres originals del Il·luminat Doctor Mestre Ramon Lull* (Palma de Mallorca, 1925): «lo fruyt del Arbre Imperial es pau de gents».

<sup>17</sup> *Pro-Paz*; p. 122.

tosos, cual medio eficaz para dirimir desavenencias, sin que degeneren en contiendas bélicas, figurando a la cabeza de tales internacionalistas precisamente nuestro Lull, el primero en el tiempo que se pronunció en tal sentido, según mostró con acopio de argumentos el docto lulista Fr. Miguel Caldente, T. O. R.<sup>18</sup>

Finalmente, como octava y última exigencia implicada por el pacifismo, en su vertiente ética, puede señalarse la imperiosa necesidad de propagar el espíritu de concordia entre los hombres, necesidad que ha diseñado el aplaudido literato H. G. Wells, con su habitual claridad: «Una inmensa tarea —escribe— incumbe a todos los que forjan y cambian la opinión pública: la de levantar un nuevo espíritu en el corazón de los hombres, un nuevo sueño en su imaginación; el espíritu de asociación propagado a todos los hombres, el sueño de un mundo libre de la obsesión de la guerra».<sup>19</sup> Este «ensueño» del contemporáneo Wells fué ya «soñado» por el medieval Lull, el cual, en su autobiografía novelada «*Blanquerna*», parece haber sabido comprender, hasta lo más recóndito, el íntimo sentido de aquellos dos pasajes evangélicos, aparentemente antagónicos, según los cuales mientras Nuestro Señor Jesucristo, por un lado, llama bienaventurados a los pacíficos (Mt. 5, 9), viene a reconocer, por otra parte, que Él no ha venido a traer la paz, sino la espada (Mt. 10, 30), con afirmaciones que no sólo pueden ser consideradas como compatibles, por quienes se percatan de su significado trascendente, sino que incluso vienen a complementarse una a otra, dado que todos los seres humanos, para merecer ser llamados pacíficos y bienaventurados en el orden espiritual, han tenido con anterioridad que luchar denodadamente contra las inclinaciones inferiores de su propia naturaleza y las de sus prójimos; debiendo advertirse que la pacificación propugnada antaño por Lull, es algo muy distinto del apaciguamiento hogaño desprestigiado, y poco ha tan en boga, pues mientras el segundo exige concesiones a los enemigos del espíritu, la primera sólo requiere buena voluntad para evitar eficientemente las tormentas que obstaculizan la felicidad del género humano, viniendo a ser la paz, por todo ello, el fruto sazonado y proporcional al rendimiento en la contienda por el progreso de la cultura.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Cf. *La paz y el arbitraje internacional en Ramón Lull* (ed. Verdad y Vida: Madrid, 1943).

<sup>19</sup> *Pro-Paz*; p. 311.

En resumen: para compendiar en una sólo las ocho exigencias acabadas de enumerar como condiciones de la paz, podría emplearse aquella apreciación emitida por Jaime Lambert cuando asevera en su obra *«Las naciones contra la paz»*: «Para que la sociedad internacional conozca mañana la paz, es condición necesaria y suficiente que crea en ella». <sup>21</sup> Y una buena manera de robustecer esta creencia, es aclarar la idea adecuada que debe tenerse de la paz, confundida muchas veces ora con el silencio de los oprimidos, ora con la tolerancia ilimitada de espontaneidades libertinas, para evitar lo cual nada más útil que recordar la clásica definición luliana siguiente: «Paz es la participación de bienes sin intranquilidad». <sup>22</sup>

## 2. EL PACIFISMO LULIANO Y LA TRADICIÓN HISPÁNICA

Como suplemento de todo lo expuesto, me ha parecido conveniente recordar aquí algunas teorías ilustres de escritores ibéricos que han destacado vigorosamente la importancia que la paz reviste para el bienestar de la humanidad. A este efecto, y para no extenderme en demasía, voy a limitarme a la consideración de las doctrinas de pensadores tan insignes como Séneca y Gracián que bien pueden ser juzgados como representantes esclarecidos de lo antiguo y lo moderno, en el clasicismo hispánico, y entre los cuales cabe situar a Ramón Llull, como peldaño entrelazante de sus doctrinas y máximo exponente del pacifismo medieval en nuestras latitudes.

En primer lugar, conviene rememorar que Lucio Anneo Séneca —el gran filósofo nacido en Córdoba y cuya vida transcurrió casi totalmente en Roma, donde fué preceptor de príncipes y patricios— fué uno de los primeros paladines del sano pacifismo, que se funda en el reconocimiento de las perversas raíces de donde derivan los anhelos bélicos. Tales raíces son, según Séneca, fundamentalmente

<sup>20</sup> Un magistral enlace entre estas dos realidades, lucha por la civilización y filosofía de la paz, puede verse en la obra de MAURICE BLONDEL, *Lutte pour la civilisation et philosophie de la paix* (París, 1939).

<sup>21</sup> *Les nations contre la paix* (París, 1933), p. 16: «Pour que la société internationale connaisse demain la paix, il faut et il suffit qu'elle y croie».

<sup>22</sup> *Liber Proverbiorum*, l. 3, c. 53, n. 1; p. 111 del vol. cit.: «Pax est participatio honorum sine labore».

dos: la ira y la codicia.<sup>23</sup> Acerca de la primera, redactó expresamente una obra rotulada «*De la ira*», donde examina sus perniciosos efectos y emite reflexiones tan acertadas cual la siguiente: «*Repara cómo de las más nobles ciudades apenas se rastrea el lugar de su asiento: la ira las derrocó*».<sup>24</sup> Otro tratado suyo, el que se titula «*De la clemencia*», viene a completar magníficamente al anterior, mostrando cómo las personas clementes son las que practican lo contrario de las airadas y manifestando apreciaciones tan hermosas como aquellas según la cual «*salvar pueblos enteros es un poder divino; matar en masa e indistintamente es el poder del incendio y de la ruina*».<sup>25</sup> Por otro lado, acerca de la codicia se expresa con no menos decisión, aseverando que «*es en derredor del dinero que se hace el estruendo mayor*» y que «*se encruelecen los reyes y saquean y derriban ciudades construídas con prolija colaboración de siglos para hurgar el oro y la plata en sus cenizas*»,<sup>26</sup> y llegando incluso a sostener lo siguiente: «*Muchos son los que ante sí empujan ejércitos y acosan gravemente a los enemigos en fuga y que arriban al mar grande, ensangrentados con la matanza de naciones enteras; mas estos mismos, para vencer al enemigo, tuvieron que ser vencidos por la codicia*».<sup>27</sup> En suma, la justeza de estas disquisiciones bien puede atribuirse a la circunstancia de que, en Séneca, el pacifismo social se asentaba sobre los sólidos cimientos de un naturalismo humanista, que él mismo nos explica con términos inequívocos: «*La naturaleza nos creó parientes, sacándonos del mismo origen y destinándonos al mismo fin. Ella nos infundió el amor mutuo, y nos hizo sociables. Ella estableció lo justo y lo injusto. Por decreto suyo es más de compadecer el que daña que el dañado. Por mandamiento suyo, todas las manos han de alargarse a quien necesite ayuda*».<sup>28</sup>

En segundo término, entre los muchos autores ibéricos modernos que se han enrolado en las filas del pacifismo, voy a concretarme a la egregia figura de Baltasar Gracián, en cuyos escritos<sup>29</sup> se hallan repe-

<sup>23</sup> Para las citas, emplearé la edición titulada «Obras Completas: Discurso previo, traducción, argumentos y notas de Lorenzo Riber» (ed. M. Aguilar; Madrid, 1943).

<sup>24</sup> *De la ira*, l. 1, c. 2 («Obras», p. 4).

<sup>25</sup> *De la clemencia*, l. 1, c. 26 («Obras», p. 192).

<sup>26</sup> *De la ira*, l. 3, c. 33 («Obras», p. 56).

<sup>27</sup> *Cartas a Lucilio*, ap. 15, ep. 94 («Obras», p. 595).

<sup>28</sup> *Cartas a Lucilio*, ap. 15, ep. 95 («Obras», p. 604).

<sup>29</sup> Para las citas, empleo la edición de sus «Obras Completas» preparada por E. Correa Calderón (ed. M. Aguilar; Madrid, 1944).

tidamente valoraciones encomiásticas de lo que él denomina «*la abundancia de la paz y sus delicias*». <sup>30</sup> En su precioso librito «*Oráculo Manual y Arte de Prudencia*», que viene a ser una colección de trescientas máximas de la más excelsa sabiduría, expone la siguiente disquisición sobre nuestro tema: «*Hombre de gran paz, hombre de mucha vida. Para vivir, dejar vivir. No sólo viven los pacíficos, sino que reinan. Hase de oír y ver, pero callar. El día sin pleito hace la noche soñolienta. Vivir mucho y vivir con gusto, es vivir por dos y fruto de la paz*». <sup>31</sup> Con estas reflexiones concuerdan otras muchas distribuidas por Gracián en sus diversas obras, entre las cuales voy a seleccionar una más, la siguiente: «*es de sabios amar la paz*». <sup>32</sup>

Por último, entre Séneca y Gracián, dentro de una misma directriz especulativa en la que militan, hoy como ayer, otros muchos espíritus hispanos de acrisolada sensibilidad, emerge la hercúlea figura de Ramón Lull, de quien cabe recordar, junto a los perfiles ya delineados de su pacifismo, el comienzo del capítulo consagrado a la paz en su obra «*Blanquerna*», donde se muestra el eficiente proselitismo cristiano que suele acompañar a todo anhelo genuinamente pacificador, con estas palabras: «*Eligió para sí el Obispo Blanquerna el oficio de pacificación, porque los que se ejercitarán en él, serán llamados hijos de Dios: y por esta razón quiso el Obispo tener este cargo y reservar la tercera parte de sus rentas, para emplearla en pacificar a los que estaban en riñas y enemistades. Viniendo un día el obispo de cantar vísperas en la catedral, donde para el mayor decoro de la misma iglesia concurría todos los días a las horas y a cantar misa, aconteció que muchos judíos acudieron a él, quejándose de los cristianos que en la víspera de Pascua de Resurrección les habían apedreado y herido malamente a dos de ellos. Mucho discurrió el obispo en la querrela que le habían dado los judíos contra los cristianos, y pensó que la enemistad y mala voluntad que hay entre judíos y cristianos cesarían, si tuviesen todos una misma fe y creencia, por lo cual determinó ir, todos los sábados, a la sinagoga a disputar con los judíos y a predicarlos, para que se hiciesen cristianos, para alabar y bendecir a Nuestro Señor Jesucristo, y que tuviesen paz y amistad con los cristianos. Por este*

<sup>30</sup> *Agudeza y arte de ingenio*, t. 1, d. 20 («*Obras*», p. 135).

<sup>31</sup> *Oráculo manual y arte de la prudencia*, 192 («*Obras*», p. 398).

<sup>32</sup> *El Comulgatorio*, 13 («*Obras*», p. 863).



*medio, se logró que muchos judíos venían a bautizarse y recibir la fe de los cristianos».*<sup>33</sup>

Al concluir, cúpleme reconocer que podría haber aducido aquí otras muchas explicaciones lulianas conexas con las analizadas, y aclarar que, si no lo he hecho, sólo ha sido en méritos de brevedad. Por esta causa, no voy a diferir por más tiempo el momento de terminar y, para hacerlo, me permitiré recordar la principal raíz de los aciertos de nuestro Llull, que —a mi juicio— es precisamente su admirable dinamismo, rebotante de amor a Dios y al prójimo, cuya esencia nos ha sido descrita magistralmente por el ilustre lulista Salvador Galmés, con estos términos: «*Ramón Llull es muy hijo del siglo XIII, de aquella centuria aventurera y peregrinante, deseosa de ganancias y gloria... La fuente inagotable de donde brotaban tantas energías, la combustión interna y vital que las alimentaba, era el amor, su pasión dominante, avasalladora e irrefrenable, que le empujaba fatal e intensamente, con alientos incesantes y siempre renovados*».<sup>34</sup>

### 3. INTERCONEXIÓN ENTRE EUCARISTÍA Y PAZ EN LA ÉTICA Y LA ESTÉTICA FRANCISCANAS

El antecedente remoto más autorizado que existe de la interconexión franciscana entre Eucaristía y paz, reside en los sagrados evangelios, donde hallamos frecuentes alusiones a los espíritus eucarístico y pacífico —aun prescindiendo de los lugares especialmente dedicados a narrar la consagración sacramental—: baste mentar los versículos en que, por una parte, se habla del «*pan vivo*» («*Panis vivus*»: Jo. 6, 41 y 51) o «*pan de vida*» («*Panis vitae*»: Jo. 6, 35 y 48), como «*pan de Dios*» («*Panis Dei*»: Jo. 6, 34) y «*pan descendido del cielo*» («*Panis de coelo descendens*»: Jo. 6, 50), y aquellos otros en que, por su lado, se presenta la paz como ligada a la bienaventuranza («*Beati pacifici*»: Mt. 5, 9), la encarnación («*In terra pax hominibus bonae voluntatis*»: Lc. 2, 14), la promesa redentora («*Pacem relinquo vobis, pacem meam*

<sup>33</sup> *Blanquerna*, 3, 75; p. 379 de la ed. BAC (Madrid, 1948).

<sup>34</sup> *Dinamisme de Ramon Llull* (Mallorca, 1935), p. 4: «*Ramon Lull és ben bé fill del segle XIII; d'aquella centúria aventurera i rodamón, apassionada de guany i de glòria...*»

*do vobis*: Jo. 14, 17) y la resurrección («*Pax vobis*»: Lc. 24, 26), junto a los cuales cabría alinear otros muchos versículos, tanto del Nuevo Testamento, como el que impetra «*danos hoy nuestro pan supersubstantial*» («*Panem nostrum supersubstantialem da nobis hodie*»: 1 Petr. 2, 2), como del Testamento Viejo, cual aquel otro que nos habla de «*un pan substancioso, elaborado con la flor de trigo, y un vino regalado*» (Deut. 32, 14). Otros antecedentes más próximos cabría entresacarlos de la patristica antigua, como San Jerónimo, cuando aludía a la paz bajo acepción soteriológica, al suscribir que «*el bocado de este Cuerpo es fuerza de nuestra alma, nervio del espíritu, vínculo de confianza, fundamento, esperanza, salvación*»,<sup>35</sup> o con San Cirilo, cuando apellidaba «*crístíferos*» a los comulgantes, basándose en que, como tales, habían de actuar agradecida y pacíficamente, según hizo Cristo siempre durante sus años de predicación;<sup>36</sup> e incluso entre los primeros escolásticos, como Pedro Lombardo, quien valoraba el alimento eucarístico cual «*medicina de la diaria debilidad*». <sup>37</sup>

Sin embargo, el antecedente más directo y el más digno de ser traído a colación aquí es el agustiniano. Sabido es que San Agustín es el hontanar cimero en donde se ha nutrido constantemente la ininterrumpida tradición del pensamiento franciscano. Pues bien, al impar Obispo de Hipona debemos páginas memorables vertidas sobre temas tanto concernientes a la paz, cuales las repetidamente citadas de su tratado sobre «*La ciudad de Dios*»,<sup>38</sup> como referentes a la Eucaristía, a la que adjetiva, entre otros calificativos, con los epítetos siguientes: sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad;<sup>39</sup> alimento de los grandes y alimento de los viatores;<sup>40</sup> medicina de inmortalidad;<sup>41</sup> y, en suma, pan de ángeles<sup>42</sup> y pan de inteligencia.<sup>43</sup>

<sup>35</sup> *Homil.* 24.

<sup>36</sup> *Cathec.* 4.

<sup>37</sup> Citado por ISIDRO GOMÁ: *La Eucaristía y la vida cristiana* (ed. Casulleras: Barcelona, 1940), t. 1, p. 144.

<sup>38</sup> *De civitate Dei*, 19, 13.

<sup>39</sup> *Tr. in Ich.* 26, 13: «*sacramentum pietatis... signum unitatis... vinculum caritatis*».

<sup>40</sup> «*Cibus grandium, cibus viatorum*»: cf. ISIDRO GOMÁ, vol. cit., p. 132.

<sup>41</sup> «*Pharmacum immortalitatis*»: cf. ISIDRO GOMÁ, est. cit., t. 2, p. 301.

<sup>42</sup> «*Panis angelorum*»: cf. ISIDRO GOMÁ, est. cit., t. 1, p. 179.

Con tan augustos precedentes, nada es de extrañar que el franciscanismo, con matices originales muy estimables —sobre todo para la estética y la ética—, se mostrara desde un principio y a la vez, si se permite la expresión, pacificante y eucaristizante. Acerca del pacifismo franciscano, nada procede agregar aquí a lo mucho ya escrito; de ahí que cuanto siga, girará preferentemente en torno de la unción eucarística de algunos autores de la orden franciscana.

Ya en la clásica biografía escrita por Tomás de Colano para relatar las prodigiosas hazañas de San Francisco, se nos habla extensamente de los fervores eucarísticos del excelso fundador,<sup>44</sup> en concordancia con varios de los párrafos de los propios escritos suyos, como aquel lugar de sus «Avisos» donde asegura que «quien tiene el espíritu del Señor, que mora en sus fieles, recibe el Santísimo cuerpo y sangre del Señor»;<sup>45</sup> o como aquel otro en que nos asesora para «posponiendo todos los cuidados y afanes, recibir el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo en su santa comunión».<sup>46</sup>

Junto a estos asertos autógrafos de San Francisco, cabría alinear otras muchas obras redactadas por religiosos franciscanos de todas las épocas, como las «Meditaciones devotísimas del amor de Dios» del inspirado Fray Diego de Estella, donde dedica cuatro meditaciones íntegras a reflexionar sobre nuestro sacramento,<sup>47</sup> o como la «Esclavitud mariana» del sublime Fray Juan de los Ángeles, que canta las excelencias del «acompañar al Sacramento de la Eucaristía, ya en procesiones, ya cuando le llevan a los enfermos»,<sup>48</sup> o como tantos y tantos más, entre los cuales me limitaré a recordar brevemente —para

<sup>43</sup> «Panis intellectus»: cf. ISIBRO GOMÁ, lug. cit.

<sup>44</sup> *Vida de San Francisco de Asís*, c. 152 (ed. BAC: *San Francisco de Asís*; Madrid, 1945), p. 505: «Ardía de amor en sus entrañas hacia el sacramento del cuerpo del Señor, sintiéndose oprimido por el estupor y anonadado al considerar tan estimable dignación y tan ardentísima caridad... Acostumbraba decir: Si me saliese al encuentro a la vez un santo bajado del cielo o un pobrecillo sacerdote, primero saludaría al sacerdote, y correría primero a besar sus manos, y diría: aguarda, San Lorenzo, porque las manos de éste han tocado el Verbo de la Vida y tienen algo más que humano».

<sup>45</sup> *Avisos espirituales*, 1; p. 40 del vol. cit.

<sup>46</sup> *Cartas*, 5; p. 61 del vol. cit.

<sup>47</sup> *Místicos franciscanos españoles*, t. 3 (ed. BAC; Madrid, 1949), pp. 139-150: med. 30, 31, 32 y 33.

<sup>48</sup> Vol. cit., p. 701; c. 6 del est. cit.

concluir— nuevos pasajes de los dos máximos exponentes del misticismo franciscanista, San Buenaventura y Ramón Llull: el primero, es aquel lugar de los comentarios del Doctor Seráfico a las «*Sentencias*» de Pedro Lombardo, donde sostiene que «*la Eucaristía enardece el fuego de la caridad*»;<sup>49</sup> y el segundo y último, son unos versos del Doctor Iluminado donde, con su brevedad característica, es señalada la inefabilidad de la común-únión ínsita en la comunión, al sostener que<sup>50</sup>

*«la virtut de aquell sacrament  
no la pot dir home vivent».*

FERMÍN DE URMENETA  
Barcelona

<sup>49</sup> *In IV Sent.*, d. 12, p. 2, a. 1, q. 5.

<sup>50</sup> *Obras literarias de Ramón Llull*, (ed. BAC; Madrid, 1948), p. 1060.